

14. La historia de Grecia

Daniel Capítulo 11:3-13.

Los primeros dos versículos del capítulo once de Daniel resumen la historia del segundo reino, Medo-Persia. Esa porción del capítulo, incluida en los versículos tres al trece, registra la historia del tercer reino, Grecia. Aquellas cosas que están «anotado en la Escritura de la verdad» (Daniel 10:21) con respecto a Grecia son las que Gabriel dio a conocer a Daniel. El profeta había encontrado difícil comprender el significado completo de los símbolos utilizados en visiones anteriores para representar los reinos del mundo, y así, en esta última entrevista entre el siervo de Dios y el ángel de la profecía, los símbolos son dejados de lado, y la historia se repite en lenguaje claro.

A pesar de que Gabriel da la profecía en una narrativa sencilla, las mismas palabras que usa y los hechos que selecciona de la multitud de eventos que realmente tuvieron lugar, tienen un significado. Al leer la Palabra de Dios en cualquiera de sus partes, primero se debe encontrar la historia que yace en la superficie; y, en segundo lugar, el significado más profundo, que está allí con la misma veracidad, pero que debe ser buscado como con una vela encendida. Se espera que el lector pueda al menos vislumbrar las profundas lecciones espirituales mientras lee la sencilla narrativa de los acontecimientos.

Dios tuvo un propósito cuando dio la historia de los cuatro reinos: Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma. Hay un incentivo para entender estas profecías en el hecho mismo de que cada nación está representada de diversas maneras, revelando diferentes características. Y puesto que Daniel es un profeta para los últimos días, hay un deseo creciente de leer no solo la historia, sino el propósito de Dios al trazar la historia con tal exactitud infalible. Babilonia, como nación, como se ha visto en el estudio de Daniel en conexión con Apocalipsis, representa una condición de cosas que existirá en la iglesia de los últimos días. Grande fue el esplendor de ese reino, pero ella fue una ramera y la madre de rameras. Sobre la

ciudad, el Cielo vio las palabras: «Misterio de iniquidad» (Apocalipsis 17:5), porque embriagó a todas las naciones con el vino de su fornicación.

Medo-Persia fue una hija de Babilonia, y también ella fornicó; es decir, participó de los pecados de Babilonia y se apartó del Dios viviente. Los principios de la religión de Babilonia fueron llevados a cabo por la hija, aunque la maldad fue en cierta medida frenada por la presencia constante de ángeles en la corte, quienes trabajaron en favor del pueblo escogido de Dios; pero la constante tendencia hacia la tiranía y la opresión en el gobierno se revela en el decreto de Asuero en los días de Ester.

Así como Medo-Persia tiene un papel importante que desempeñar en relación con el pueblo de Dios, y si bien su parte difirió de los tratos de Babilonia con ese mismo pueblo, así también la nación griega fue llamada por Dios para hacer una obra —una obra específica—. Ella también fue una hija de Babilonia, participando de sus pecados; pero estos pecados, aunque los mismos, llevaron a diferentes manifestaciones externas que en Medo-Persia. Como hijos de la misma familia, cada uno reproduciendo el carácter de los padres, pero difiriendo ampliamente entre sí, así Grecia, Medo-Persia y Roma son tres hermanas, hijas de la misma madre, pero cada una dotada de características especiales y fuertes peculiaridades.

Grecia abarca el abismo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Su obra principal como nación se realizó durante el tiempo en que no hubo profeta en Israel, el período entre Malaquías y Cristo; de ahí que el libro de Daniel sea la única porción de la Biblia que trata sobre esta nación. La historia de Grecia se remonta a Javán de la familia de Jafet, quien, con sus hijos, se estableció en las islas del Mediterráneo. La división natural del país por las bahías y montañas desarrolló muchas tribus independientes o semi-independientes, pero tenían un idioma común y una religión.

Parecería que los principios de la adoración de Jehová, tal como los conocían los hijos de Noé, fueron llevados a las islas de Grecia, pues a lo largo de todo el

sistema se puede rastrear una estrecha semejanza con la ley ceremonial con sus tipos y sombras, tal como se llevaba a cabo en Jerusalén en los días de Salomón. De nuevo, cuando se recuerda que el reino de los judíos, en los días de su prosperidad, fue visitado por representantes de todas las naciones, es fácil entender cómo las formas y ceremonias de la adoración de Jehová fueron adoptadas por los griegos, quienes eran amantes de la belleza. La belleza en el mundo tiene su origen en la mente de Dios.

La grosera idolatría de Babilonia y Egipto fue reemplazada en Grecia por una adoración más refinada, si es que puede hablarse de grados de refinamiento en la lascivia. En cualquier caso, las costumbres griegas eran menos repugnantes en la superficie y, por lo tanto, más sutiles en su naturaleza. Estudiaron la naturaleza, y al no tener la Palabra de Dios como intérprete, adoraron las formas en lugar del Creador. Reconocieron el poder de la vida, pero al no conocer la fuente de la vida, fueron llevados a prácticas licenciosas, conocidas como *los misterios*, donde las cosas sagradas eran profanadas con la bebida y la indulgencia pasional.

Hay un trasfondo patético a lo largo de su historia. Se acercaron tanto al Dios de la naturaleza, y sin embargo, al no conocerlo, vagaron en una oscuridad tan absoluta. Su historia es un recordatorio constante del destino de aquellos estudiantes de hoy que buscan comprender los fenómenos naturales, pero no interpretan la naturaleza por la palabra de su Creador. Ellos también adoran a Zeus y Deméter, Plutón o Poseidón, en lugar de a Cristo. El hecho es que los niños de hoy se alimentan de los mitos y tradiciones de este mismo pueblo, que estaba a tientas en la oscuridad, adorando a los dioses del Olimpo, e ignorantes del Dios cuya voz sacudía las montañas en cada tormenta, cuya sonrisa estaba en cada rayo de sol y cuyos ríos regaban los campos.

Los griegos ofrecían sacrificios, pero ¿de qué valor eran cuando no aceptaban el sacrificio del Cordero de Dios inmolado? El espíritu de profecía era valorado, pero mientras los profetas de Dios se mezclaban con el pueblo, la profetisa griega, una doncella de dudoso carácter, estaba recluida del pueblo y recibía su

inspiración de un vapor que brotaba de una hendidura en una roca sobre la cual se construyó el templo de Delfos.

Había un sacerdocio, cuyos miembros tenían el deber de revelar la voluntad de los dioses. Las fiestas sagradas del pueblo de Jehová fueron reemplazadas por los juegos nacionales de los griegos. Así como la Pascua y la fiesta de los Tabernáculos reunían a la raza hebrea y promovían la unidad y el amor a Dios, así los juegos griegos congregaban a ese pueblo, promoviendo un idioma, una religión y una ley comunes. El pueblo de Dios se reunía para la adoración espiritual; los griegos para el disfrute físico o intelectual.

La historia de Grecia es la historia de la cultura física e intelectual. El pueblo admiraba la gracia y la belleza, y sus mentes literarias adoraban el intelecto. Platón, el más grande de los filósofos griegos, vivió unos cuatrocientos años antes de Cristo, y sus enseñanzas han guiado los pensamientos de escritores en todas las épocas desde entonces. Los judíos mezclaron las enseñanzas de la Biblia con la filosofía de Platón, y eso formó las tradiciones de los hombres, contra las cuales Cristo tan a menudo advirtió a Sus seguidores. La falsa filosofía y la «ciencia falsamente llamada» (1 Timoteo 6:20) de la época de Pablo, era enseñanza griega, que respiraba el espíritu de Platón y sus estudiantes.

Los escritos de Platón han reemplazado la Biblia para muchos, y un gran número de escritores modernos, tanto de prosa como de poesía, lo reconocen como su líder intelectual. La filosofía de este hombre era a menudo buena, y él admiraba la verdad; pero el error residía en admirar o asentir a la verdad, y no vivirla. Sus seguidores cayeron bajo la condenación de Cristo, junto con los fariseos, de quienes Él dijo: «Dicen, y no hacen» (Mateo 23:3).

Aquí, en la religión griega y el aprendizaje griego, se encontraba la forma más sutil de esa mezcla de verdad y error que Satanás ofreció en el árbol del conocimiento del bien y del mal, que existió desde los días del Edén hasta la época de Grecia. Babilonia esclavizó los cuerpos del pueblo de Dios, Medo-Persia promulgó leyes para matarlos, pero Grecia capturó sus mentes y los esclavizó a

sus ideas. Ella falsificó tan pulcra, tan hábilmente, las enseñanzas espirituales del Antiguo Testamento; y tan rápida, pero tan seguramente, envolvió sus zarcillos alrededor del pueblo de Dios, que su esclavitud fue mucho peor que la de Egipto o Babilonia. Es esta influencia la que debe tenerse en cuenta al seguir la historia de los griegos tal como la dio Gabriel.

El ángel dijo: «Cuando yo haya salido [de Persia], he aquí, el príncipe de Grecia vendrá» (Daniel 10:20). Y de Grecia, dice: «Se levantará un rey poderoso, que dominará con gran imperio, y hará su voluntad» (Daniel 11:3). Es en este lenguaje que Alejandro es presentado en los registros divinos. Él no era griego, sino macedonio, hijo de Filipo de Macedonia. Se presenta en la historia como uno de esos personajes fuertes a quienes Dios usa a pesar de que no lo conocen a Él, y no conocen Su manera de obrar. Alejandro, en la historia griega, corresponde en algunos aspectos a Ciro el Persa.

Alejandro, de niño, mostró una voluntad indomable, y al crecer a la edad adulta el rasgo se fortaleció. Fue educado por Aristóteles, el ilustre alumno de Platón, en la sabiduría de los griegos. Cuando tenía veinte años, Filipo de Macedonia murió, dejando el gobierno a Alejandro. Esto fue en el año 336 a.C. Alejandro unió los estados independientes de Grecia y se puso a la cabeza de su consejo anfictiónico. Los griegos eran ambiciosos, y el nuevo general organizó un ejército para la conquista extranjera.

El tercer reino fue representado por un leopardo con cuatro alas en su espalda. Este símbolo abarcó el tiempo no solo cuando Alejandro fue rey, sino también durante su estado dividido. La rapidez de la conquista está bien representada por las alas de un ave; la naturaleza astuta e insinuante por la forma ágil del leopardo; y la mezcla de verdad y error en sus doctrinas y prácticas por las manchas. «¿Puede el leopardo mudar sus manchas?» (Jeremías 13:23). No más podría Grecia dar la verdad sin una porción de lo falso; no más pueden la verdad y el error ser separados en ese sistema educativo fundado en la sabiduría de los griegos – su filosofía, sus mitos y su enseñanza de la naturaleza.

De nuevo, Daniel vio el progreso de esta tercera nación, como un macho cabrío rudo que venía del occidente sin tocar la tierra. Esto marca la rapidez de las conquistas llevadas a cabo por Alejandro. Fueron Granico, Asia Menor, Iso, Tiro, Gaza, con la rendición de todo Egipto; Arbelas, Babilonia, Susa, Bactria e India —todo en el espacio de ocho cortos años—. Habiendo conquistado a quienes se le oponían, planeó unir el extenso territorio sobre el cual ejercía su dominio. Fue un organizador y diplomático además de general. Al casarse con una princesa de Babilonia y dar en matrimonio a varios miembros de la familia real de Persia a sus generales, buscó ganarse el favor de las razas conquistadas. Fue mientras estaba en Babilonia, dirigiendo los asuntos en esa antigua capital oriental, que Alejandro murió, probablemente como resultado de la intemperancia y el exceso. Aún era un hombre joven, pero las naciones del mundo se inclinaban a sus pies.

Al seguir las rápidas conquistas de Alejandro —simbolizadas por el macho cabrío que no tocó el suelo— no se ha hecho mención de los judíos. Así como Dios puso a Nabucodonosor y a Ciro en contacto directo con Su pueblo, para que conocieran al Dios del cielo, así también permitió que Alejandro aprendiera de Él. Mientras ese conquistador pasaba de Tiro, después de su rendición, hacia Gaza, que guarda la entrada a Egipto, se detuvo en Jerusalén. Josefo afirma que una gran consternación llenó la ciudad cuando se supo que el guerrero griego se acercaba. Pero el sumo sacerdote, Juddas, tuvo un sueño en el que se le ordenó salir al encuentro de Alejandro, ataviado con sus vestiduras sacerdotales y acompañado por los oficiales del templo vestidos de blanco.

Cuando Alejandro se encontró con esta compañía, para gran sorpresa de su ejército y generales, se postró en tierra para adorar al Dios cuyo nombre estaba en la mitra que llevaba el sumo sacerdote. Luego acompañó al sumo sacerdote al templo de Jerusalén, donde se explicaron los sacrificios; también las profecías de Daniel concernientes al ascenso y caída de Babilonia, las conquistas de Medo-Persia y su posterior caída, y el ascenso de un tercer imperio. Daniel, quien en persona había testificado ante Nabucodonosor y Ciro, fue entonces citado a Alejandro. El poderoso conquistador estuvo en presencia del Espíritu de Dios, y

le fue dado el mensaje de que «el Altísimo domina el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere» (Daniel 4:17). ¿Se sometería y dejaría que Dios conquistara por él? Este fue el momento oportuno en su vida.

Alejandro reconoció a Dios, pero abandonó Jerusalén y avanzó en batalla. Gaza cayó. Se entró en Egipto, y allí, para satisfacer un orgullo egoísta, se hizo proclamar hijo de Júpiter Amón. Quien pudo haber llegado a ser hijo de Dios, eligió ser llamado hijo de Júpiter. El resultado de la educación y el aprendizaje griegos se ejemplifica plenamente en este único acto. El desenlace de tal elección —una consumación adecuada de toda la enseñanza griega— se encontró en Babilonia cuando el rey, en su mejor momento, se postró y murió sin esperanza de futuro. Es un comentario triste pero impresionante para aquellos que buscan los caminos del mundo en preferencia a las verdades de Dios.

Una cosa que el historiador inspirado señala es que él haría «según su voluntad» (Daniel 11:3). Cuando el hombre toma tal resolución, significa que se le ha ofrecido una elección entre Dios y Satanás, y ha elegido a este último. Solo hay dos mentes en el universo, y aquel que rechaza a Dios puede afirmar que ejerce su propia mente, pero significa que está influenciado por la mente del enemigo de Dios. «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús» (Filipenses 2:5), porque trae libertad. El espíritu que desea exaltarse a sí mismo está imitando la filosofía de los griegos, y su resultado es la muerte; porque la filosofía griega no es sino una continuación de la filosofía utilizada para engañar a Adán y Eva en el Edén, en el árbol del conocimiento del bien y del mal.

Alejandro no dejó herederos al trono que pudieran sostener las riendas del gobierno. Su hijo mayor era un niño de cinco años. Varios hombres fuertes habían actuado como generales del ejército durante la marcha por Asia, y a la muerte del emperador, ocho de ellos contendieron por la supremacía. Ninguno, sin embargo, fue lo suficientemente fuerte como para someter a todos los demás. Casi veinte años se dedicaron a la guerra y la contienda. Finalmente, se decidió que Ptolomeo gobernaría Egipto; Seleuco, Siria y el este; Lisímaco, Tracia y Asia.

Menor, y Casandro, Grecia. El territorio de Alejandro fue dividido, pero «no para su posteridad»; ni la fuerza de estos cuatro fue igual a la de Alejandro, y las cuatro particiones duraron solo unos pocos años.

Grecia, que estaba bajo el dominio de Casandro, fue tomada por Lisímaco, uniéndose así las divisiones occidental y septentrional.

En el 281 a.C., después de intrigas demasiado numerosas para mencionar, Seleuco se encontró con Lisímaco y lo mató en batalla. Esto redujo las cuatro divisiones a dos, cuyos gobernantes fueron posteriormente distinguidos como reyes del norte y del sur. Seleuco, el rey del norte, ahora poseía territorio que anteriormente había pertenecido a tres generales, mientras que Ptolomeo retuvo la división del sur. Esto concuerda con las palabras de Gabriel a Daniel. El quinto versículo, según Spurrell, dice: «Entonces el rey del sur, incluso uno de sus príncipes [de Alejandro], se hará fuerte; sin embargo, otro le superará en fuerza y tendrá dominio; un gran dominio será su dominio» (Daniel 11:5).

El Ptolomeo que obtuvo Egipto fue apodado Sóter, o Salvador, y a su muerte fue sucedido por su hijo, Ptolomeo Filadelfo. El Seleuco que obtuvo las tres divisiones fue sucedido por su hijo Antíoco Sóter, quien fue asesinado por los galos en Asia Menor. El tercero en la línea de reyes greco-sirios fue Antíoco Teos, quien reinaba en Siria mientras Ptolomeo Filadelfo lo hacía en el trono egipcio.

Hay, sin embargo, algo aparte de la mera sucesión de reyes que es digno de mención. Gabriel le dio a Daniel el marco de la historia de Grecia. Tenemos en el registro inspirado algo que corresponde al esqueleto en el cuerpo humano, y la carne y los órganos de vida necesitan ser puestos. Estas naciones que entonces existían eran un refugio, quizás, un andamiaje, construido alrededor del pueblo de Dios, ofreciéndoles otra oportunidad para trabajar. El Espíritu de Dios estaba obrando en las cortes de los monarcas con tanta fidelidad como siempre. Al mismo tiempo, la controversia entre la verdad y el error no disminuyó ni por un momento.

Podría parecer al observador casual que Grecia no era en realidad una potencia dominante en el sentido en que Babilonia y Medo-Persia fueron monarquías universales. Veamos. Desde el principio se ha señalado que Grecia fue una gobernante intelectual más que una potencia que mantuvo los cuerpos de los hombres en esclavitud. Si podemos personificar el intelecto griego de forma abstracta, podemos decir que Alejandro fue la herramienta en la mano de Dios para construir un reino donde pudiera ejercer su dominio. Alejandro hizo bien este trabajo; y aunque él individualmente cayó, el idioma, el aprendizaje y las costumbres griegas fueron introducidos en todos los países donde sus armas habían abierto el camino. La religión griega, con sus misterios, fue aceptada en Siria y Asia Menor; los juegos griegos se celebraron en las provincias orientales. Pero la educación griega ocupó una posición incluso por delante de su religión, y los maestros y eruditos griegos siguieron los pasos del conquistador. El idioma griego se usó casi universalmente, y los libros griegos eran muy solicitados. La ciudad de Alejandría, en Egipto, fue fundada por Alejandro, y se convirtió en el centro del saber griego. La idolatría egipcia y la filosofía griega se sentaron entronizadas una al lado de la otra. Como lo afirma la Encyclopedia Britannica: "En Egipto, una aristocracia griega de oficio, nacimiento e intelecto existió lado a lado con una vida nativa distinta".

Israel había sido una vez liberado milagrosamente de la esclavitud física en Egipto. Se les había advertido que no huyeran a Egipto en busca de protección en los días de Nabucodonosor durante el sitio de Jerusalén. Pudieron haber escapado de la esclavitud de aquellos tiempos anteriores, pero fueron capturados por el saber de los griegos. En los días de Ptolomeo Sóter, multitudes de judíos acudieron a Egipto, y aquellos que permanecieron en Jerusalén y Palestina imbibieron muchas de las ideas de los griegos.

Se ha afirmado que la historia de Grecia llena el tiempo entre la profecía de Malaquías y Juan el Bautista. Ahora estamos listos para apreciar la razón por la que Israel estuvo tanto tiempo sin el sonido de la voz de un profeta. Dios dio a Israel un sistema de educación separado y distinto de los sistemas de todas las

demás naciones; un sistema que, si se hubiera seguido, habría hecho imposible para siempre que el pueblo fuera llevado al cautiverio. Pero Israel a menudo abandonó su sistema dado por Dios por la enseñanza de las naciones paganas.

Cuando los judíos regresaron de Babilonia, estaban fuertemente teñidos con ideas babilónicas de educación y religión. Esto los preparó para aceptar con facilidad las enseñanzas de los griegos. Los rabinos de Jerusalén mezclaron tan completamente los principios de la filosofía griega con los estatutos de Jehová, que se les mandó enseñar a los niños, que desde la muerte de Malaquías hasta el nacimiento de Juan el Bautista no había una familia en Judá a la que se pudiera confiar la educación de un profeta.

Los juegos griegos se realizaban en la misma Jerusalén, y la juventud judía, vestida solo con el pañuelo y el sombrero ancho, imitando al dios Hermes, luchaba como los atletas atenienses. El Dr. Mears afirma que los sacerdotes, cuando se daba la señal para los deportes, dejaban su trabajo en el templo para ver los juegos. Los nombres griegos reemplazaron a los judíos en muchos casos, e incluso los sacerdotes se casaron con griegos. No es de extrañar que Gabriel diera instrucciones específicas sobre el nombre que debía darse al bebé de Zacarías y Elisabet, pues aunque hubo un tiempo en que cada niño en Israel era nombrado bajo la inspiración del Espíritu, los israelitas ahora habían elegido a Grecia en lugar de Dios.

Toda la enseñanza judía fue helenizada; y cuando nació Juan el Bautista, a su madre y a su padre se les mandó abandonar la ciudad de Jerusalén y educar al niño en el desierto, lejos de la influencia de las escuelas y la sociedad de los judíos. Cristo mismo nunca entró en las escuelas de su época, debido a la mezcla de la verdad de Dios con la filosofía pagana. La enseñanza griega exaltaba la naturaleza; pero el Hijo de Dios no podía oír la voz del Padre en las enseñanzas de las escuelas, y Él vagaba solo por los bosques, o en compañía de su madre. Entonces fue cuando la naturaleza, la gran lección objetiva del Creador, se abrió a su mente en expansión. Otros jóvenes judíos se sentaron a los pies de los rabinos,

aprendiendo lo que enseñaba el espíritu de los griegos, y ellos crucificaron al Señor de la vida.

Es algo maravilloso para el hombre, tan limitado en medios, observar el obrar de Dios, tan ilimitado en recursos. Cuando los judíos huyeron a Egipto, Dios aprovechó su presencia allí y la convirtió para su gloria. Ptolomeo Filadelfo fundó la Biblioteca de Alejandría, y fue él quien alentó la traducción del Antiguo Testamento al griego. Así, las profecías concernientes al Mesías prometido fueron puestas en el idioma universal casi trescientos años antes del nacimiento de Cristo. El mundo podría embriagarse con la filosofía griega, pero Dios dejó al hombre sin excusa al colocar la palabra de vida en la lengua común de las naciones. Satanás puede tramar, y sus agentes en la tierra pueden ser sabios, pero no pueden hacer nada contra la verdad sin, en ese mismo acto, promover la verdad. Mientras las alas oscuras del paganismo se acercaban cada vez más alrededor del mundo, para apagar si era posible la luz del cielo, la palabra de Dios, como una vela encendida, brillaba bajo esa oscuridad, proclamando la venida del Deseado de todas las edades.

Los primeros versículos en la historia de Grecia (Daniel 11:3-5) ponen al estudiante frente a frente con ese país como una potencia intelectual, y revelan que el secreto de su fuerza reside en su idioma y filosofía. Conquistó el mundo sometiendo todas las mentes a su control. Era el plan del enemigo de la verdad subyugar las mentes a una filosofía falsa; y dado que este fue el esquema sobre el cual trabajó en Grecia, fue bajo esta misma influencia nacional que la verdad que libera la mente fue dada al mundo. ¡Cuán trascendentales, entonces, fueron los propósitos de Dios!

Otro gran principio yace junto al que se dio en esos primeros versículos. Este segundo, que está oculto en los versículos seis al trece, tiene que ver con la aplicación de esos mismos principios a través del gobierno como canal. El reino de Alejandro se resolvió en dos divisiones, una del norte y otra del sur. Ambas fueron helenizadas, pero la del norte representaba más fielmente los principios griegos, mientras que la división del sur estaba fuertemente teñida con las

antiguas ideas egipcias tanto de gobierno como de religión. Fue la división del norte la que llevó adelante la obra de la profecía, simbolizada por el leopardo y el macho cabrío áspero, y fue de la división del norte de donde procedió el cuerno pequeño de Daniel 8. Consecuentemente, debe ser correcto concluir que es la división greco-siria, en lugar de la división egipcia, la que hará la obra de la cual Alejandro fue el precursor. No obstante, a lo largo de las edades hasta el fin del tiempo, habrá una fuerza que surgirá del sur y se opondrá al poder del norte. Esto se verá de nuevo en la obra mahometana de la Edad Media durante la supremacía de la cuarta bestia. Pero debemos observar la aplicación del principio durante la vida del tercer reino, ya que eso es en sí mismo introductorio para la obra futura.

La historia revela el hecho de que la mayor fuerza en el gobierno se encuentra en aquellas potencias cuyo territorio se extiende de este a oeste, y las naciones que intentan gobernar un territorio que se extiende mucho hacia el norte y el sur tienen problemas. Es en reconocimiento de este hecho que cada imperio universal ha progresado principalmente de este a oeste, y cada reino sucesivo ha ido más al oeste que el precedente. Esto continúa hasta que el globo es rodeado, y todos los reyes de la tierra finalmente se encuentran en la gran batalla de Armagedón.

A pesar de este principio dominante entre las naciones, y frente al decreto del Santo Vigilante, el norte y el sur intentaron unirse. Se siguió una política mundana de matrimonios mixtos, y como Spurrell traduce el versículo 6: «Después de algunos años ellos [los reyes del norte y del sur] se asociarán; porque la hija del rey del sur [Berenice, hija de Ptolomeo Filadelfo] vendrá al rey del norte [Antíoco Teos] para hacer acuerdos» (Daniel 11:6). Antíoco despidió a su legítima esposa, Laodice, para casarse con Berenice, y los resultados de esta transgresión de la ley de Dios son dados por la pluma de la Inspiración: «El brazo no retendrá su fuerza, ni su descendencia será establecida; sino que ella será entregada, y sus acompañantes, y su hijo, y sus partidarios en esos tiempos» (Daniel 11:6). La pluma humana no puede hacer la historia más clara de lo que lo hizo Gabriel al relatársela a Daniel casi doscientos años antes de que ocurriera.

Berenice perdió el favor a los ojos de Antíoco Teos, quien entonces hizo llamar a Laodice. La esposa celosa entonces causó que Antíoco fuera envenenado, y colocó a su propio hijo en el trono. Por su influencia, también, Berenice, su hijo con Antíoco, y sus acompañantes y partidarios egipcios, fueron todos asesinados.

Esto despertó a la casa real de Egipto, y un hermano de Berenice avanzó hacia el territorio de Antíoco con un gran ejército. «Él gobernará dentro de las fortificaciones de los reyes del norte, y guerreará contra ellos y prevalecerá» (Daniel 11:7). Aquí se describe a Ptolomeo Evergetes, hijo de Ptolomeo Filadelfo. No solo invadió Siria, sino que fue a Babilonia, donde encontró algunos de los dioses egipcios e imágenes fundidas que Cambises había capturado durante su guerra en Egipto. Ptolomeo los devolvió y por esto fue nombrado Evergetes (benefactor) por su pueblo agradecido. Se dice que llevó a Egipto cuarenta mil talentos de plata y muchos vasos de plata y oro. Ptolomeo Evergetes regresó entonces a su propio reino, donde sobrevivió a Antíoco Calínico, el hijo de Laodice.

Pero los problemas no cesaron entonces. Había una natural rivalidad y antipatía entre el norte y el sur. Ptolomeo Evergetes poseía gran parte de Siria. A la muerte de Antíoco Calínico, dos hijos de Calínico se propusieron recuperar el territorio perdido y redimir el honor de su padre. El primero era débil e ineficaz; el más joven, Antíoco Magno, quien tomó el trono en el transcurso de unos pocos años, era más fuerte. Él es el «uno» que avanzó rápidamente, recuperando gran parte del territorio perdido.

Cerca del tiempo de la ascensión de Antíoco Magno al trono sirio, Ptolomeo Filópator tomó el trono en Egipto. No manifestó disposición a invadir el territorio del rey del norte, siendo indolente y gran amante del lujo y la comodidad, pero fue despertado por las perspectivas de una invasión de Egipto, su propio trono siendo amenazado por Antíoco Magno. Antíoco contaba con el apoyo de un inmenso ejército, pero este cayó en manos de Ptolomeo Filópator, quien, eufórico por su victoria, regresó a su capital para banquetear. Aunque había derribado a diez mil soldados, no sacó provecho de la victoria. Nada se ganó; fue solo una

masacre despiadada de seres humanos, una contienda por la supremacía bruta, que es aborrecible a los ojos de Dios y del hombre. La diferencia es asombrosa entre tal guerra y el progreso de los poderosos generales que Dios usó para establecer reinos y castigar reyes.

Ptolomeo Filópator hizo cosas aún peores, pues en su vanidad entró en Jerusalén e intentó profanar el templo ofreciendo él mismo sacrificio. La restricción ofrecida por los sacerdotes lo indignó tanto que comenzó la guerra contra ellos, y la historia afirma que entre cuarenta y sesenta mil judíos, que entonces vivían en Egipto, cayeron a espada. Aquellos judíos que habían buscado Egipto ya fuera por protección o por las ventajas de sus escuelas y bibliotecas, se apartaron de la mano protectora de su Dios, y llegó el momento en que sintieron la ira del enemigo. A través de todas estas luchas, la nación que Dios había escogido podría haber permanecido como un faro en una colina, en lugar de ser pisoteada por cada ejército en sus marchas entre Egipto y Siria. Más aún, la ubicación de los judíos en Palestina y su capital fue por designio divino. Estaban en la puerta de las naciones y podrían haber mantenido el equilibrio de poder. Si hubieran enarbolado la palabra de Dios, todas las naciones se habrían inclinado ante sus reyes y habrían pagado tributo a su tesoro. Así fue en los días de Salomón; podría haberse repetido en los días de la historia griega.

El acto de reverencia de Alejandro cuando se encontró con la compañía de sacerdotes en Jerusalén debería haber sido una lección objetiva para toda Judea de lo que Dios, por su Espíritu, haría que todas las naciones hicieran. Pero tan cegados por la enseñanza griega estaban esos líderes judíos, incluso en aquel tiempo, que no lograron ver esto. En lugar de acudir en masa a Alejandría por la sabiduría de Grecia, las naciones deberían haber enviado a su juventud a las escuelas de los profetas en Jerusalén, y los eruditos del mundo deberían haber buscado sabiduría de aquellos que conocían al Dios de la sabiduría.

Finalmente se concluyó la paz entre Filópator y Antíoco Magno, que duró catorce años, hasta la muerte de Ptolomeo. Ptolomeo Filópator fue sucedido por su hijo Ptolomeo Epífanes, quien era menor de edad. Antíoco Magno aprovechó

esta aparente debilidad en los asuntos egipcios, e hizo extensos preparativos para invadir Egipto con el propósito de conquistar todo el dominio de los Ptolomeos. Pero el Altísimo gobierna en los reinos de los hombres, y Antíoco se dio cuenta de que había otro poder en la tierra, así como en el cielo.

En el versículo catorce se oye la voz de la cuarta bestia; Roma se puso del lado del rey indefenso, y Antíoco vio su ambición frustrada. La vida del reino griego había terminado. Todavía hubo muchos años de lucha, pero fue una lucha por la existencia, no por más territorio. Pero lo que Grecia no ganaría en territorio, lo ganó como maestra de naciones, y aunque finalmente perdió toda supremacía territorial, aunque, como el reino de Nabucodonosor, el árbol fue cortado, sus raíces permanecen hasta el día de hoy. Más de una vez, como potencia intelectual, Grecia ha resurgido. En todo el mundo intelectual tiene devotos que se postran ante su santuario —la mente del hombre—. Su filosofía se estudia hoy bajo el disfraz de escritores modernos; sus ideas se inculcan en la mente de los niños, desde el jardín de infancia hasta la universidad, y los estudiantes se gradúan de las escuelas del país sabiendo mucho más de la mitología de Grecia que de la religión de Jesucristo; más familiarizados con los héroes griegos que con el hombre del Calvario. El saber griego aún rige el mundo, y lo hará hasta el establecimiento del reino eterno de Dios —hasta que la piedra cortada sin manos llene la tierra—.

Así como los judíos en los días de Alejandro y sus sucesores estuvieron sin excusa, así el Israel de hoy tiene ante sí la sabiduría del Eterno en contraste con la sabiduría de Grecia. Y el mensaje es: «Escoged hoy» (Josué 24:15) a qué santuario os inclinaréis. Sentarse a los pies de Jesús, aprender de Él, tomar su palabra como la historia auténtica del mundo, su verdad como intérprete de la naturaleza, asegurará la vida eterna. Aceptar los escritos de los hombres, las especulaciones humanas respecto a la historia del mundo, su creación, su edad, colocar una interpretación humana sobre las obras de la naturaleza y buscar descubrir por experimento y especulación lo que debe ser conocido por fe —esto trae la muerte—; porque aleja de Cristo, el centro del universo, la fuente de toda

sabiduría, la gran fuerza atractiva de la creación. El primero es el sistema de Dios, del cual la fe es la fuerza motriz; el segundo es el sistema griego, que exalta el razonamiento humano. Uno puede no postrarse ante los ídolos de Egipto, ni beber de los vinos de Babilonia, pero si es atrapado por las sofisterías más agradables de Grecia, su destino es el mismo al final.

Por esta razón, la Verdad Eterna ha brillado a lo largo del camino de los hombres en todas las edades para protegerlos contra el enemigo. En estos últimos días, cuando todo el mal del pasado se renueva y se presenta al hombre en todas sus variadas formas, entonces es cuando la filosofía y el escepticismo griegos surgen con toda su fuerza. Un corazón lleno de verdad es la única salvaguarda contra el error.